

11 Universidad El Concepción -
Monumento

Samuel Román, "constructor de nuevas formas plásticas"



Entre otras obras realizadas por Román en Concepción mientras esculpía el monumento a la U. figuró este busto de Diana Stitckin, la esposa del Rector de entonces.

Por Sergio Ramón Fuentealba.

Cuando don Enrique Molina tuvo la espléndida idea de comprar el predio de La Toma, que no era más que "un montón de barro y agua", veces en que se criaban vacunos y se producía cremosa leche, según los amigos Carrasco Crovetto, a quienes llevaba a pasear por ahí don Julio, el padre ya fallecido, don Enrique, insistimos, jamás imaginó que allí se levantaría un Barrio que sería el principal centro de atracción de los penquistas.

Y no otra cosa comenzó a serlo desde 1928, nueve años después de fundada la Universidad. Con el correr del tiempo, y las exclamaciones de admiración de los visitantes, se construiría el Campanil, con las consabidas protestas estudiantiles, porque costó un millón y medio de pesos de esa época "en que la plata valía", (y no co-

mo ahora, que cualquier dinero se estufa entre los dedos).

El famoso Campanil tiene su propia historia, y ya la contaremos más adelante. En todo caso, como aparece en una de las "gráficas" que ilustra este retroportaje, digamos que muchos avisados vendedores de relojes, publicitaban, cuando recién fue inaugurado, que sus productos eran irrompibles y que podían comprobarlo lanzándolos desde los 42 metros y medio del símbolo universitario. Y muchos compraron relojes irrompibles y, haciendo caso a los publicistas, se los sacaron de sus muñecas y ¡chao, pesca! Huelga decir que las piezas no las juntaron ni con imanes, porque, con el estrellón con el cemento, no les quedó ni el recuerdo, claro está.

Aunque no era muy romántico, subir a pololear al Campanil, sí resultaba hermoso el paisaje que se veía desde los balcones de la torre del reloj, y ahí más de un aprendiz de poeta debe haber dado rienda suelta a su imaginación, en procura de conquistar a la niña de sus ojos. Porque así se decía antes, y las declaraciones se efectuaban al compás romántico y pegajoso de los boleros de Leo Marini o Fernando Albueme. Ahora, el asunto es al más puro estilo "tribal", no más. Pero, como nos decía un "lolo", todos los caminos conducen a la mismísima Roma, y eso, a fin de cuentas, es lo que importa, ¿verdad?

Empieza este cuento

Así como el Barrio se fue poblando de edificios, algunos bien "caprichosos" en materia arquitectónica, como el de Aulas, por ejemplo, pero este ya es de los más recientes, la Laguna de los Patos se convirtió en otro lugar bien concurrido. Se puede contemplar a los cisnes de cuello negro y después jugar sobre el bien cuidado césped; en forma inocente, por cierto.

El Foro Abierto -idea del ex-rector David Stitckin- también tiene su propia historia, y cumplió con creces la finalidad para la que fue concebido. Presentaciones artísticas y festivales anuales de teatro o de cine, colmaron en el pasado sus galerías durante las Escuelas de

Temporada. Y en una esquina, como dicen en los campos, se "aposentó" el monumento al fundador de la Universidad, el señor Molina, obra del escultor Samuel Román, cuya "Novia del viento", hecha en Alemania, se ubicó en la ampliación del Aeropuerto "Arturo Merino Benítez", inaugurada poco antes que Patricio Aylwin dejara la Presidencia.

Esta "Novia" estuvo más abandonada que la Camila de "Rompecorazón", durante bastantes décadas, fíjese. La encargó el gobierno de Hitler para el Aeropuerto de Berlín, pero vino la Segunda Guerra y el pedido quedó para mejor ocasión. Como el epílogo del conflicto lo sabemos, Román pasó unas cuantas lunas sin saber qué hacer con su escultura. Hasta que la Dirección de Aeronáutica se interesó en ella, y posteriormente, la facilitó al Aeropuerto ya men-

cionado. Antes, sí, don Samuel ganó con ella, y en 1938, el Premio de Honor de la Exposición Internacional de Artes Aplicadas, realizada en la capital germana.

Los hijos de Sión

Fabricante de mil y una anécdotas, una de las más celebradas se relaciona, precisamente, con esta laureada escultura. Invitado por el régimen del Führer, viajó Román a Berlín en compañía de los pintores Isaías Cabezón e Israel Roa. Y al bajarse del avión empezaron las dificultades por las dudas que provocaron sus nombres en los controles del terminal aéreo, como acostumbra a decirse últimamente. Y era para poner en tela de juicio la nacionalidad chilena de tres artistas, cuyos nombres eran más propios de hijos de Sion



Samuel Román, artista y personalidad original que se evoca en esta crónica.



Héctor Ramírez: testigo del original carácter del escultor.

La gaceta del Sur

Director y Delegado del Consejo:

Rafael Maira Lamas.

Director Ejecutivo:

Ricardo Hepp Kuschel.

Gerente General y Representante

Legal:

Aurelio Maira Lamas.

Editor:

Guillermo Chandía Cabrera.

Diseño y Diagramación:

Sebastián Burgos Venegas.

Director de Arte:

Domingo Baño Ahumada.

Fotografía: Editora Fotográfica y

Archivo de EL SUR.

Impresión: Sociedad Periodística e

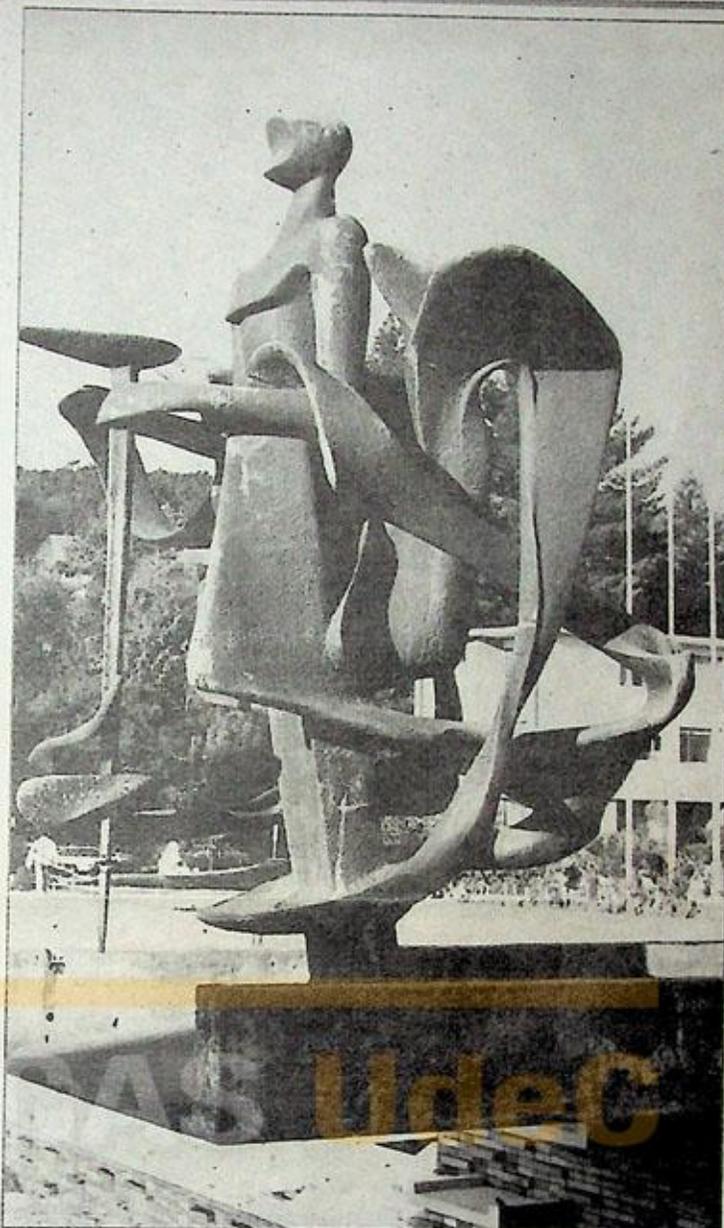
Impresora Renacimiento Limitada.

Edición de EL SUR S.A., Freire 799,

Concepción, Chile.



El montaje del monumento tuvo, alegóricamente, aspecto industrial: 13 toneladas de metal y el brazo de una grúa parecían ser el enlace de la Universidad con las principales actividades de la zona.



La gran escultura que se alza en el Barrio representando el cuerpo y espíritu de la Universidad de Concepción, obra de Samuel Román Rojas.

que de descendientes del aguerrido Lautaro. No se convenían así no más los funcionarios que no les estuvieran "pasando gatos por liebres" estos tres tipos, con mucha cara de judíos, que se llamaban Isaiás, Israel y Samuel, respectivamente.

La Embajada tuvo que poner las cosas en su sitio, y los "hiterianos" quedaron, por fin, satisfechos con las explicaciones de los diplomáticos de tan "sui géneris" país latinoamericano, cuyos habitantes tenían semejanzas hasta físicas con los herederos de David.

Samuel, pero huaso

Pero, como bien dice Héctor Ramírez -Presidente de la Asociación de Pintores y Escultores de Chile, filial Concepción- "Samuel era más chileno que los porotos, y a cada rato lo demostraba". El novelista Rubén Azócar, padre de Carmen, la galerista de El Caballo Verde -bien nerudiano el nombre, ¿no?- lo describe así en su Breve Biografía del artista:

"Hijo y nieto de campesinos -reproducimos textualmente a Azócar-, gentes humildes, de antiguos abolengos coloniales, Samuel Román Rojas -una de las personalidades más interesantes de la historia artística de Hispano América y el más señalado escultor chileno- nació en Rancagua, vieja ciudad del centro rural de Chile, el 8 de diciembre de 1907. Su infancia y su adolescencia transcurrieron en el ambiente de tradiciones, costumbres y usos populares que caracterizan esa región de mineros y campesinos, de aventureros y vagabundos, cuna de la mejor artesanía "huasa" del país. Vivió allí apogado a la rudeza de la vida familiar, pródiga en afanes y fracasos, hasta cumplir los 17 años, acosado por duras experiencias de toda índole que determinaron la originalista individualidad de su carácter."

Y ese carácter muy "especial", por decir algo

aproximado a la realidad calibró sobradamente Héctor Ramírez quien, dice, "hace ya un montón de años, lo conocí en uno de mis habituales viajes a Santiago. Nos presentaron y congeniamos rápidamente; y terminamos siendo grandes amigos. Estuve en su casa en muchas oportunidades y conocí toda su obra, a su familia, a la Catita, su señora, y después, cuando Samuel vino acá por la escultura de la Universidad, en homenaje a don Enrique Molina, durante la ejecución nos veíamos casi a diario, porque me pasaba a buscar a la firma donde yo entonces trabajaba. Almorzábamos o comíamos juntos, y conversábamos largamente acerca del desarrollo de su monumento".

Originalidad

-¿Cómo describiría usted esta escultura, cuya concepción desconcierta a quienes la ven por primera vez?

"La obra de Concepción es diferente a las otras piezas que él ejecutó. Todas eran mucho más figurativas y un tanto, quizás, intelectualizada al tratar, con esa especie de velos, de interpretar el pensamiento de la Universidad o de don Enrique Molina y sin entrar a una figuración de él, por así decirlo, las anteriores esculturas suyas, sí eran de un corte relativamente figurativo".

Entre paréntesis, el ex-rector Edgardo Enriquez nos contaba que, a propósito de esta misma característica de la escultura, cuando un amigo suyo la había conocido, no pudo menos que exclamar: "¡Qué manera de hacer tan ojo-roso a don Enrique!".

Ríe Héctor Ramírez, y evoca la amistad penquista del maestro con Albino Echeverría, su compadre Pereira y Tole Peralta. En una oportunidad fue a verlos trabajar en el taller que Al-

bino tenía en su casa y, junto con predecirles que serían cotizados artistas tomó un pincel, lo hundió en un tarro y, a manera de bendición, salpicó de color las paredes del cuarto. Después, se fueron a un restaurante céntrico a festejar el acontecimiento.

"Allí había un vocinglero grupo fesatejando algo también, pero hablaban tan fuerte que no nos dejaban hacerlo a nosotros. Indignado, se paró Román y pidió compostura. Como fuera desoído, se sacó la chaqueta y nos conminó a hacer lo propio "para darle una lección a los mal educados". Felizmente intervino el dueño del negocio, porque el portavoz del grupo era un conocido boxeador profesional, acompañado de su entrenador y de sus "sparrings". Imagínese, la que se habría armado y cómo habrían quedado nuestras humanidades de magulladas, porque todos eran auténticos "ropeiros". Pero Samuel, una vez que salimos del local, nos criticó que "no hubiéramos apechugado con él, porque habríamos ganado por no-queada". Cosas que sólo a él se le ocurrían cuando "achispaba" más de la cuenta. Y preguntaba a quienes estábamos con él, si se le notaba en la cara que "había tomado un poqui-

to". Y su cara lo delataba", refiere Ramírez.

Volvamos con Rubén Azócar, para quien Samuel Román, "su actitud humana, su dilatada labor de maestro, su obra de ceramista y de escultor, su vida entera, son un ejemplo de voluntad, de esfuerzo para hallar y alcanzar la posesión plena de su destino de artista y se caracterizan la pertinacia y el vigor que animan la interpretación de la vida de su tiempo".

El monumento a la U.

En cuanto a la escultura del Barrio, que motiva estas líneas, Azócar dice que "la obra se compone de dos elementos complementarios: un árbol central figurativo de la efígie del fundador y un juego de bandas en constelación espacial y dinámica que simboliza el espíritu animador de la actividad universitaria".

La obra de trece toneladas fue trasladada al Barrio el 24 de noviembre de 1965, desde Asmar, e inaugurada cuatro meses después por el rector, Dr. Ignacio González Ginouvé, sucesor de don David Stíckhín, que la encargara a Samuel Román, "constructor de nuevas formas plásticas", en opinión de su biógrafo Rubén Azócar.